

CAPÍTULO 9
*HEROICIDAD POLÍTICA
Y MARTIRIO ECLESIAL*

9.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Muchas cuestiones de la ética teológico-comunitaria se resuelven si se tiene en cuenta la diferencia entre el Estado y la Iglesia -dos instituciones distintas en la historia de la salvación *única*-. Se exige frecuentemente a los constructores del *nuevo* Estado las mismas mediaciones que para la construcción de la *comunidad eclesial* nueva. No se comprende que es necesaria, tanto como la eclesiología, una *teología del Estado*.

Leemos en los periódicos del día actos heroicos de valientes luchadores en América Central, en África o en Asia. En nuestras revistas cristianas se nos muestran los profetas, los héroes y los mártires. ¿Qué relación existe entre el héroe y el profeta?

Leemos en la Sagrada Escritura:

«Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos... ¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho... y tú cíñete, en pie, diles lo que yo te mando. No les tengas miedo; que si no, yo te meteré el miedo de ellos. Yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país; frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y los terratenientes; lucharán contra ti, pero no te vencerán, porque yo estoy contigo para librarte» (Jer 1,5-19).

La *llamada* y la acción del héroe y del profeta son muy semejantes, tanto que frecuentemente se confunden: Camilo

puede ser el héroe y Oscar Romero el profeta mártir. Son diversas funciones escatológicas.

9.2. DISTINCIONES NECESARIAS

Muchos pueden creer que las distinciones que a continuación proponemos nos hacen caer en un nuevo dualismo. Por el contrario, al defender la historia *una* (una sola historia, un solo lugar de la historia de salvación, de liberación), deben distinguirse claramente, en la construcción del Reino, dos instituciones claramente diversas.

En primer lugar, el «héroe» no es el «profeta». Por *héroe* entendemos la persona que como político profesional entrega su vida en la construcción de la patria nueva, el nuevo orden histórico-político. Héroe fueron Washington o Hidalgo (el último asesinado antes de ver el triunfo de la revolución por la que dio su vida). Por *profeta* tomamos la persona que como creyente, cristiano en este caso, entrega su vida enteramente, consagradamente, en la evangelización de los pobres, construyendo comunidades cristianas, de creyentes, religiosas, utópicas. Son *carismas* (heroicidad y profecía), pero diversos.

La heroicidad funda el Estado (en su sentido más amplio, no sólo el burgués: incluso sería Estado el faraónico, el romano, el hispánico, etc.). La profecía funda la Iglesia (como comunidad de creyentes) (véanse 1.1 y 1.5). No es lo mismo la persona (o aun el cristiano) *como político* que es miembro del Estado que la persona o cristiano *como cristiano* que es miembro de la comunidad escatológica. Estado o Iglesia institucionalizan praxis con diversos sentidos, relaciones, organizaciones.

La *muerte heroica* del político no debe por ello confundirse con la *muerte martirial* del profeta. A veces están juntos (como los dos crucificados junto a Jesús) y hasta se los mata por las mismas razones. Pero su praxis, las tácticas que usan y las estrategias son diversas. Diversa es la institucionalización que originan y las entidades sociales y comunitarias que organizan.

9.3. EL HÉROE Y EL PROFETA EN LA PERSECUCIÓN Y LIBERACIÓN

Deseamos describir diacrónicamente, sucesivamente, cuatro momentos estructurales teológicos, bíblicos (pero igualmente teórico-abstractos) de la metamorfosis de la ciudad de Abel o ciudad de Dios de san Agustín a la ciudad de Caín o Babilonia (véanse 3.5, 4.10, 5.5 y 5.10).

La muerte heroica (9.2) es el fruto del pecado, lo mismo que el martirio. Ambas muertes son producto de la praxis de dominación (3.10 y 4.10), es la represión, la tortura, la persecución, el Estado de *seguridad nacional* hoy en América Latina. Es Egipto, Babilonia, la Jerusalén que asesina a Jesús, la cristiandad que quema a los herejes, disidentes; el imperialismo que reprime, tortura, asesina, da préstamos para armas- Es la dominación sobre el pobre, sobre sus héroes y profetas (*momento 1*).

Tanto el héroe como el profeta -cuando no son asesinados como Hidalgo, o Carlos Fonseca Amador, o monseñor Carlos Múgica, o monseñor Romero- organizan el proceso de liberación. El héroe organiza al pueblo oprimido para que se lance en el proceso que incluye lucha. Es Moisés y las plagas; Bolívar, Gandhi o Lenin antes del triunfo de la revolución (sea por ahora cual fuere su contenido socio-político o económico). Es el héroe a la cabeza de las organizaciones (también armadas) que el pueblo necesita para defenderse y para destruir a Babilonia. La virtud de la valentía heroica está junto a la prudencia política para vencer a un enemigo más fuerte y mejor armado.

Igualmente, el profeta siempre junto al mártir, organiza una iglesia apta para el tiempo de la liberación. Pequeñas comunidades, teologías de liberación, pobreza real, el modelo de la «Iglesia de los pobres» .

9.4. EL HÉROE EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA «MURALLA»

«Vamos a reconstruir las murallas de Jerusalén» (Neh 2,17). Las murallas tienen una función de defensa en la guerra -no es el templo-, como hoy los nicaragüenses protegen sus

fronteras contra sus enemigos, o los checos, que por no construir murallas perdieron su primavera (5.10).

Un cierto anarquismo -el de izquierda, que trata de realizar la utopía del reino de Dios ahora y aquí; el burgués, liberal y hoy neoconservador, que propone un mercado perfecto con competencia perfecta sin Estado- se opone a la organización de la sociedad política. En 1918 los soviets se propusieron anárquicamente desarrollar la Unión Soviética. Ante el fracaso, surgió en 1921 el NEP (la nueva economía planificada). Un cierto realismo reemplazaba el idealismo anarquista (17.2-17.3).

Construir las murallas, producir el pan, transformar las armas en podadera o arado exige el dominio de ciertas *técnicas* (arquitectónica, de planificación, metalúrgica, etc.). El héroe se transforma en político, en tecnólogo. La valentía deja lugar a la prudencia política, a la tecnología, a la planificación racional. La muralla, el pan, el arado son necesarios para el reino de Dios. Sin satisfactor (objeto producido) no hay satisfacción. No hay siquiera Escritura Sagrada sin papel o papiro, alfabeto, tinta, etc., técnicas concretas que son la infraestructura material, carnal, de la posibilidad de la encarnación de la Palabra.

Es necesaria entonces una *teología del Estado*, o de las exigencias divinas (como condiciones de posibilidad de saciar el hambre del hambriento, para vestir al desnudo...) de los aparatos históricos que producen los objetos sacramentales. Antes de la transustanciación debe existir la *sustancia del pan* (6.7).

9.5. EL PROFETA CONSTRUYE EL TEMPLO

De la misma manera que el héroe, el profeta pasa de un arriesgar su vida ante la furia de la Bestia apocalíptica o el Estado represor antiguo, a ser ahora el humilde constructor de la comunidad cotidiana: «A diario frecuentaban el templo en grupo, partían el pan en las casas...» (*Praxis* 2,46).

A veces el profeta añora el tiempo de la «claridad». Cuando los represores eran claramente detectables. En el cla-

roscuro de la «apertura» democrática (como en Brasil en 1985) o en el triunfo (donde todos son marxistas en la Rusia del 1918 o sandinistas en la Nicaragua de 1980) se confunden las cartas del juego y los «arribistas» son más leninistas que Lenin o más papistas que el papa. Los de la «antigua guardia», los héroes y profetas, pueden ahora ser sepultados por los nuevos cuadros.

El profeta que se oponía a Babilonia, ahora, después de la caída de Babel, debe «arremangarse las mangas» y partir a la corta de la caña de azúcar, a la pizca del café, al trabajo cotidiano verdaderamente productivo (el que produce riqueza o el pan para el pobre, para el pueblo). Hay tiempos para morir en la represión; hay tiempos para trabajar en la reconstrucción del templo, soñado por Ezequiel en la represión de Babilonia (El 40ss), ahora posible (El 5,1ss).

Hay muchos que en Egipto, en Babilonia o bajo el somocismo, guardaban silencio. y ahora recuerdan que el profeta «critica». Pero hay críticas y críticas. Hay que criticar al Dragón y la Bestia, pero no a la «nueva Jerusalén». En Jerusalén primero hay que *trabajar, producir* el pan para la mesa, para la eucaristía. Es el tiempo de la ética del trabajo que admira el mismo Fidel Castro al poner a las monjitas de los leprosarios como ejemplo de «ética revolucionaria».

9.6. EL POLÍTICO QUE EJERCE EL PODER DEL ESTADO

Queremos entonces indicar abstracta y esquemáticamente cuatro momentos de la metamorfosis de la ciudad de Dios (*civitas Dei* de Agustín) en la ciudad de Babilonia (*civitas Babiloniae*). Ya hemos visto los dos primeros: 1) en el Estado represor, el héroe y el mártir (véase 9.3); 2) el Estado nuevo, la construcción (la tierra prometida conquistada por Josué y reconstruida por Esdras o Nehemías) (véanse 9.4 y 9.5); 3) el Estado en su edad clásica, de equilibrio (en 9.6 y 9.7); 4) el Estado nuevamente represor (la Bestia) (9.8 y 9.9).

En el tercer momento, el Estado, como en un equilibrio clásico, pareciera haber establecido un orden que se basa en la

hegemonía, en el consenso. Hay orden, armonía, unidad. Es la «sociedad perfecta», sin enemigos mortales en su interior. Los pobres no son tantos, no tienen conciencia, han introyectado la ideología de los grupos ahora dominantes.

La sociedad civil puede ser «pluralista», porque fundamentalmente todos están en lo mismo. Es el «Estado orgánico» de Hegel, sin contradicciones, porque, siendo el Estado metropolitano de muchas colonias periféricas, logra calmar el hambre de sus dominados con las riquezas extraídas de otros pobres fuera de sus fronteras. Es la «pax americana» de Estados Unidos posterior a la segunda guerra desde 1945. En estas situaciones pareciera que el orden vigente es «natural» (la «civil religion» de la «american way of life»).

Es un momento temporario de equilibrio. Donde la «ética» de los héroes anima todavía la «moral» del sistema; aquí florece la «doctrina social» cristiana (véase 19.6), que propone «reformas» al orden establecido considerado como aceptable. Es aquí donde Karl Popper piensa que una reforma radical es el mal absoluto: utopía.

9.7. EL ECLESIAÍSTICO GESTIONA LOS «BIENES RELIGIOSOS»

El tiempo de «paz» -aparente-, cuando la profecía guarda silencio, es el tiempo estable del sacerdote, del eclesiástico: del celebrar el orden establecido. David, el rey profeta (más poeta que profeta, ya que nadie puede profetizar contra sí mismo).

Es ahora cuando la Iglesia se considera también «sociedad perfecta». De esta manera guarda su «autonomía» ante el Estado, que se la acepta fundamentalmente (al igual que al régimen económico o ideológico), aunque se la «reformo» parcialmente. El capital no contradice ni la naturaleza humana ni la moral; pero es bueno que la ganancia debida no sea excesiva. La tierra tiene una renta que le es debida también por naturaleza, pero no debe ser injusta. La manera adecuada de pagar el trabajo es el salario; pero es necesario que sea justo. El «or-

den vigente» ha sido identificado con la «naturaleza» humana. El pecado estructural (2.5) ha desaparecido y la dominación y la muerte que produce el pecado permanece en el olvido.

Para la Iglesia, el Estado no es ni la Babilonia que hay que destruir ni la Jerusalén que hay que reconstruir (porque está bien construida). Es el *status quo*, la «realidad de las cosas». La Iglesia, en manos de los ministerios sacerdotales, celebra el sistema, aclama a los gobernantes, ora por ellos, corona a los reyes y emperadores, asiste a los desfiles junto a los generales... Iglesia triunfante, Cristo Rey (no es el pobre Cristo crucificado por el Estado), la Acción Católica que debe recuperar el Estado, el poder, el actual, el vigente.

La visión clerical de la Iglesia florece en la lenta metamorfosis de la ciudad de Dios en Babilonia. Un momento eclesial consecuente a un modelo estatal se implican mutuamente.

9.8. CUANDO EL ESTADO REPRIME A LOS «NUEVOS» POBRES

Un momento dialéctico esencial de la teología de la historia de Jesús es aquella hipótesis que es tomada del Dt 15,11: «Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: Abre la mano a tu hermano, al pobre, al indigente de tu tierra». Algunos, que piensan que el capitalismo o el socialismo podrán extirpar *para siempre y de manera absoluta* la pobreza, pueden considerar dicho principio recogido por Jesús como de un pesimismo radical. Nada de eso: ¡realismo en la esperanza del Reino!

El teólogo nunca podrá ser el ideólogo de ningún partido (aunque sea auténticamente revolucionario), porque guardará siempre una reserva escatológica y profética que se manifestará como crítica (la posible, la debida, la necesaria) desde el «nuevo» pobre, que todo proceso revolucionario, el más justo también, producirá inevitable y necesariamente.

Si hay libertad, puede haber dominación; de hecho es imposible que no la haya; luego se presenta el pecado; es decir, alguien sufre su efecto: *nueva* muerte, *nuevo* pobre. El decir

«nuevo» significa que es distinto. En la Edad Media, pobre era el que no podía tener la protección del feudo (los parias de las ciudades). En el capitalismo, pobre es el que no tiene dinero (véanse *12.1ss*). En el socialismo real, pobre es el que no controla bajo su poder los resortes de la planificación, o no tiene conciencia responsable del proceso productivo, etc. (véase *17.8*).

Lo cierto es que el Estado fundado por Washington es hoy el Estado gobernado por Ronald Reagan y por un Congreso que aprueba fondos para derrocar gobiernos populares latinoamericanos. ¡Algo debió pasar durante dos siglos! La metamorfosis del héroe en César: «Murió *bajo* Poncio Pilato», dice el Símbolo de los Apóstoles; Pilato era un militar del imperio de turno.

9.9. EL MODELO DE CRISTIANDAD

Estamos ya en el cuarto momento de la metamorfosis. Si habíamos comenzado con Moisés o los profetas que sufrían, abajo, el poder faraónico de la Bestia, el Estado babilónico, ahora hemos desembocado, después de larga metamorfosis, arriba: los sucesores de Moisés se han transformado en la monarquía que reprime a los pobres en Israel o Judá; los exiliados de Babilonia son la Jerusalén que crucifica a Cristo. Ahora son el Templo, son Anás y Caifás: religión de dominación. «¿Véis todo eso, verdad? Os aseguro que lo derribarán hasta que no quede ahí piedra sobre piedra» (Mt 24,2).

Una visión intemporal, adialéctica, sin historia (que es lo propio del pensamiento dominador conservador, antitradicional, *porque sólo los profetas son tradicionales*, porque descubren lo «nuevo» como lo querido por Dios), eterniza un momento de la metamorfosis y cae en el pecado, en la abominación (Lc 19,46). La cristiandad surgió por la identificación del cristianismo, la Iglesia, con el mismo Estado romano (desde Constantino o Teodosio) o con el reino de los francos (con Carlomagno en el 800 d. de C.). En este caso la religión es «el fundamento del Estado», ya que, por voluntad de Dios (al menos así se pretendía), el monarca era coronado por el mismo papa.

Si ahí se pretendía que era el mismo Jesús el que coronaba a los reyes o dominadores, ¿quiénes eran los que morían bajo las garras del Estado? ¿Cómo discernir entre los demócratas *cristianos* de El Salvador y monseñor Oscar Romero? ¿Quién ocupa ahora el lugar de Jesús? En la cristiandad puede asesinarse a los profetas en nombre de Jesús (como en Chile bajo Pinochet o como en el caso de los torturados por el comisario Fleury en Brasil). Así como el Estado heroico de Washington se ha transformado lentamente en Imperio, el arriesgado capellán de las fuerzas revolucionarias del siglo XVIII puede llegar a ser el prelado que bendiga las armas contra los «comunistas» en Vietnam.

9.10. DIALÉCTICA PERMANENTE Y NECESARIA ENTRE ESTADO E IGLESIA

Fue el cristianismo el que inventó el Estado secular. Antes del cristianismo no hubo ningún Estado secular; todos eran divinos, y lo eran por necesidad. El cristianismo, por el contrario y como primer caso en la historia universal, necesitaba delante de sí un Estado secular. La Iglesia debía no ser el Estado; por lo tanto, debía existir un Estado que no fuera la Iglesia: un Estado secular .

La función escatológica de la Iglesia, cumplida esencialmente en la «Iglesia de los pobres» -en cuanto profética, ética y libre ante las morales vigentes-, es encaminar toda la historia hacia la parusía, hacia el fin de dicha historia como retorno de Cristo. Toda totalización, fetichización, fijación de un sistema (y toda represión de los héroes y mártires es impedir que la historia siga su curso hacia *nuevos* sistemas más justos), impide que el Reino crezca, que advenga, que llegue.

Dicha función es una praxis crítica, hasta destructiva de las instituciones que fijan el pecado, que las hace históricas (2.5 y 2.6). Si la Iglesia fuera el Estado, si la ética fuera la moral, ¿desde dónde se podría realizar la crítica a lo ya dominante? Para que la Iglesia pueda permanecer en la exterioridad del Estado (al menos en sus comunidades cristianas de base, junto

a los pobres: «Iglesia de los pobres», como la llamaba Juan XXIII) no debe ser el Estado. En la cristiandad se llegó al equívoco, pero jamás a una identidad total, y esto gracias a la *institucionalidad* de la misma Iglesia, que le impidió ser absorbida por el Estado.

De tal manera que los héroes y los mártires, los políticos y los profetas, el Estado y la Iglesia son realidades diferentes, ambas necesarias para el Reino, aunque pueden volverle la espalda.

Conclusiones

Ante la metamorfosis de la ciudad de Dios, alguno puede exclamar: Pero si todo vuelve a lo mismo, ¿para qué actuar? ¿Qué sentido tiene una praxis de liberación que puede llegar a ser con el tiempo de dominación? La respuesta es simple: nada es lo mismo, nada se repite; todo es siempre nuevo, irreplicable; nueva dominación, nuevos pobres, nuevos actores, nuevos pecadores. ¿Dónde me encuentro yo, nosotros? Esta es la pregunta: ¿Entre los dominadores o entre los pobres? ¿Dónde jugaré ahora y aquí mi vida: para dominar o para liberar? Si mis compañeros de liberación de hoy son los dominadores de mañana, ésa es su responsabilidad, y yo, nosotros, lucharemos de nuevo contra ellos si fuera necesario. El Reino no se construye *del todo, nunca* del todo en la historia, pero se *comienza* a construir siempre con la praxis de liberación ahora y aquí, por nosotros o contra nosotros. La cuestión es saber de «qué lado estamos» y «cuál es nuestro enemigo». ¿Estamos del lado de los que dieron de comer al hambriento? ¿Estamos con Jesús contra el príncipe de *este mundo*? La parusía, el retorno de Jesús «¡Ven, Señor Jesús!», Ap 22,20), se apresura y se realiza en la misma praxis de liberación.

Deberíamos entonces repasar lo estudiado y preguntarnos:

¿Cuáles son las etapas o momentos abstractos o esquemáticos de la metamorfosis de la ciudad de Dios en Babilonia?

¿Por qué se produce dicha metamorfosis?

¿Es posible efectuar la *misma* praxis en momentos *diversos* de dicha metamorfosis?

Describir el sentido del cambio posible del héroe y del profeta desde la oposición a la dominación hasta la institucionalización del poder .